

En busca de la casa del ser

Diríase que vuelvo a mi hogar, pero no es mi hogar.
Tal vez porque carezco de hogar. O, para ser más exactos,
porque es cuando no estoy en mi hogar que tengo la sensación
de estar en mi hogar, en alguna parte como en mi hogar.
¿ Cuando es que, por fin, uno está en su hogar?
La nostalgia.
Barbara Cassin¹

Hay que decirlo sin rodeos y de una vez: este nuevo libro de Leticia Obeid puede leerse fluidamente, con sostenido disfrute y sin ninguna caída de interés, prácticamente sin parar y de punta a punta. Pero, además, la escritura de Obeid inspira confianza, lo cual no es una valoración literaria – en cuyo caso se trataría de un juicio demasiado subjetivo, impresionista – ni el capricho voluntarista de un lector con fascinación fácil. Hay una honestidad vital que se respira en el texto, de la que emana una inmediata sensación de naturalidad, de sencillez doméstica; algo que no está, eventualmente, sólo en los contenidos ni en alguna conjetural espiritualidad de la autora, sino en la materia misma de una escritura que se hace creíble y palpable casi hasta lo táctil, como un precioso objeto físico iluminado, mas allá de la verdades o mentiras ficcionales, de confesiones, anécdotas verídicas o fantasías, que también las hay.

Tampoco parece que ella se haya preocupado por la conformación de una fórmula fácil para seducir con una escritura llana, simple y directa. Sin embargo, así es su estilo: llano, simple y directo. El efecto es instantáneo, y mágico. Uno siente que pudo haber vivido todo eso, que de algún modo lo está viviendo, como si se produjera no una mera identificación, sino un fenómeno casi animista de intimidad estrecha con la autora. Esto vale, me parece, para todo el libro, pero especialmente para la primera parte, titulada *Heidi*, donde esa conciencia que nos resulta tan familiar y cercana, en tercera persona, geográficamente lejos, fuera de su hogar, se comporta como la única morada posible de un yo nómada, transitivo, viajero, que se desplaza como testigo, protagonista y motor de la narración mientras parece anhelar una respuesta al enigma de la morada ausente, remota; un bálsamo que aplaque el acuciante desplazamiento. Una respiración acompasada en la sapiente administración de la puntuación sostenida y suspensiva induce a que nos concentremos en los detalles de un relato de viaje hecho de apropiaciones y ajenidades territoriales, que es como decir de apegos y desencuentros emocionales, ubicado en el exacto punto de equilibrio entre la sensibilidad íntima y una suerte de ecuanimidad del punto de vista, tan lejos de la ironía como de cualquier experimento de contemporaneidad trasnochada.

¹ Editorial Nueva Visión. Traducción de Pablo Betesh

Imperceptiblemente, el curso del relato va acotándose a la aparición aglutinante de una velada situación amorosa hasta que, de repente, el curso de la acción se interrumpe y el cuento concluye, para dar paso, a través de una suerte de fundido al blanco en el papel que opera como una virtual pausa, a una segunda parte en formato de Diario, que en Obeid es apenas la continuación por otros medios de la misma fluctuación sensitiva. Como parece corresponder a la convención del género, aparece aquí la primera persona y con ella una mayor condensación y una localización escénica fija bajo la forma del ámbito hogareño. Esa voz que ha registrado una encadenada sucesividad de peripecias en el mundo exterior ahora se ha reformulado en un yo casi estático, como expectante, detenido en la captación y plasmación de un mundo privado, donde la persistente ansiedad propia del estadio en tránsito se halla ahora asordada en el ámbito recluido del aplacamiento melancólico, aderezado con las tareas y complicaciones caseras. La voz que en *Heidi* sonaba extrañada, furtiva, casi intrusa en un mundo foráneo, ahora parece haber recuperado la propiedad, tanto en el sentido de lo propio en oposición a lo ajeno como de la casa en cuanto al usufructo de una cierta propiedad sobre ella. Y también, por qué no, en relación a la apropiación explícita que esa voz hace del rol de escritor. El ingreso de profusas notas al pie, de anotaciones programáticas, de datos conceptuales y confesionales específicos – aún más verosimilizados por el uso de las fotografías que acompañan al texto – hacen confluír la figura del yo narrado con la del yo autoral, aunque en la emotividad superadora de Obeid esto no importe demasiado.

Sí importa que, en este nuevo idilio agridulce con la locación conocida y reconocida, acogedora más allá de tensiones y conflictos, el nuevo intruso, el agente foráneo que va a impregnar bajo techo la intemperie del deseo y el desorden sentimental es el amor, aquel amor incipiente de la primera parte, encarnado en un misterioso y excéntrico personaje que Obeid va cincelandando con una sensualidad microscópica e imprescindiblemente pudorosa. En cualquier caso, ámbitos, identidades y relaciones se funden en la prosa de Obeid como reflejos especulares de las vibraciones, alteraciones y sonoridades de un ser esencial, inequívocamente femenino aunque desasido de toda cristalización genérica, bordado en plenitud y carencia, en ilusión y desazón, alimentado por una amorosa manera de practicar la teatralidad estratégica de la literatura y, en consecuencia, provisoriamente reconciliado con el mundo.

Eduardo Stupia

Texto leído en la presentación del libro *Preparación para el amor*, en librería PURR, Patio Del Liceo, Av. Santa Fe 2729, Buenos Aires, julio de 2015.